

Universidad innovadora

Las universidades han sido, desde su surgimiento, centros de investigación, de promoción científica y tecnológica hasta tal punto que su misión ha sido asociada a la conservación y desarrollo de la cultura. Si partimos de este presupuesto, los profesores universitarios deberíamos preguntarnos por qué la más alta autoridad del Ministerio de Educación Superior selecciona el adjetivo *innovadora* para caracterizar un ideal de universidad a alcanzar, por supuesto que no se trata de un rasgo único, pero no hay dudas de que se está empleando en un nuevo sentido en el que ese carácter innovador atraviesa todos los procesos universitarios.

Meditemos cuánto ha cambiado el mundo en que vivimos en los últimos 25 años, pensemos cuánto habrá de cambiar en otros 25 años. Ese próximo cuarto de centuria es precisamente el tiempo en el que nuestros actuales alumnos se van a desempeñar como profesionales. Qué sentido tiene entonces que asumamos la formación como un período de entrenamiento en la solución de un número finito y predefinido de problemas profesionales.

La información científica en cualquier especialidad se duplica en un espacio de tiempo cada vez menor, se decía en los 90 que un profesional necesitaría 20 años de lectura ininterrumpida para ponerse en contacto con todo lo relacionado con su especialidad, esa tarea es hoy impensable. En este mismo número invitamos a los lectores a consultar la base de datos EBSCO, los números que se ofrecen a manera de ejemplos de la cantidad de fuentes recopiladas sobre un tema asombrarán a muchos y son por muy superiores a lo que cualquiera pudiera imaginar.

Consecuentemente, la formación profesional requiere apertrechar a los estudiantes de herramientas profesionales que les permitan enfrentar exitosamente los problemas actuales y los futuros. Queda absolutamente claro que no hay un método universal o llave maestra, que no hay método que pueda preceder a la experiencia. No parece haber otra fórmula para vivir e interactuar en un mundo complejo que reconocer la necesidad de un pensamiento complejo que permita al sujeto orientarse en la incertidumbre, comprender los objetos y fenómenos y derivar de ellos mismos el método particular para su transformación.

Adicionalmente se requiere de las universidades un mayor impacto en la sociedad y en el desarrollo local. Se trata no únicamente de la solución de problemas tecnológicos o de la economía, sino incluso relacionados con la educación y la psicología social. Comprendida esta exigencia, *innovar* resulta una palabra clave conectada no únicamente a la investigación.

Innovar, sí, encontrar a través de la investigación científica vías de solución a los problemas más acuciantes de la economía y la sociedad.

Innovar, sí, repensar la pedagogía universitaria en una era digital en la que los actuales educandos capturan en una instantánea la página que nuestra generación transcribía a las libretas en aproximadamente 40 minutos.

Innovar, si, remplazar nuestra noción de extensión universitaria por la de universidad sin muros, en la que toda la comunidad se convierte en beneficiaria de los resultados de la investigación y de los profesionales formados y a la vez se asuma como sujeto formativo y de formación.

Para el logro de esa universidad innovadora trabaja el colectivo de la revista *Transformación*. En este número ofrecemos a nuestros lectores los apuntes que el Dr. C. Santiago Lajes Choy preparara para el encuentro académico celebrado en Bruselas. Esperamos que este texto y una parte de los artículos que se publican los ayuden a convertirse en innovadores.

Una universidad innovadora requiere un claustro innovador.

Dr. Manuel N. Montejo Lorenzo